

(Transcripción no revisada por el autor)

RETIRO RAMA FAMILIAR 1997

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

P. Rafael Fernández

Segunda charla

EL MATRIMONIO, SIGNO EFICAZ DEL MISTERIO REDENTOR DE CRISTO Y LA IGLESIA

En el Génesis se dice que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Esto también nos ayuda comprender mejor lo que es el sacramento del matrimonio. Si queremos conocer mejor qué es el hombre, tenemos dos posibilidades: podemos mirarlo desde arriba, desde el misterio de Dios, de un Dios que es persona, que es trinitario, que es amor, y decir que el hombre es un reflejo de ello. El hombre es persona, es una persona libre, capaz de amar, creadora, etc. Es decir, descubrimos al hombre a partir de Dios, desde arriba. Y la otra posibilidad es conocer al hombre, y en él, desde el hombre, llegar al conocimiento de Dios, subir hasta Dios. Vemos el hombre como una persona libre, capaz de amar y llevarnos al infinito para concluir, a partir de esta persona a quien vemos y conocemos, que Dios es infinitamente sabio, infinitamente amante.

En filosofía decimos que hay una analogía del ser; un arquetipo que es Dios y un prototipo, que es el hombre. Ambos órdenes se complementan y se explican mutuamente. Mientras más conocemos a Dios, más podemos conocer al hombre; y mientras más conocemos al hombre, más podemos conocer a Dios. Recordemos la primera encíclica del Papa Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, en la que dice que Cristo revela al hombre el hombre. En Cristo sabemos quién es el hombre. Vamos desde arriba hacia la realidad humana.

El matrimonio, imagen y semejanza de Dios

Algo semejante sucede con el matrimonio. En el orden natural, mirando un matrimonio, podemos tener una comprensión mucho más profunda de Dios. De un Dios que es comunidad de amor. Viendo esa comunidad matrimonial de amor, estamos descubriendo a Dios.

El conocimiento que podemos tener de Dios, a partir de lo natural, es limitado. Podemos saber que Dios es persona, que Dios es un Dios de amor, que Dios es sabio, que Dios es creador, porque es algo que podemos ver en el orden natural y las trasponemos, por analogía, al orden sobrenatural, a la Causa primera. Sin embargo, cuando se trata de ese gran misterio escondido por todos los siglos, como dice san Pablo, no tenemos una analogía inmediata. ¿Por qué? Porque no podemos descubrir, en la realidad humana, la realidad de la cruz redentora de Cristo; no podemos descubrir a un Dios encarnado; no podemos imaginarnos la realidad íntima de la Iglesia a partir de lo natural. Esto es netamente del orden sobrenatural.

¿Y cómo conocemos este orden sobrenatural? Por la revelación. Hubo una gran revelación en que Cristo nos dijo: Yo soy el Hijo del Padre, Yo soy el Redentor, Yo soy el Pan de

Vida, Yo los redimiré cuando sea levantado en la cruz. Este es un orden netamente sobrenatural. ¿Cómo llegamos vitalmente a conocer ese orden sobrenatural? Por la predicación, por la evangelización. La Palabra de Dios, la Biblia, la predicación es lo que nos da a conocer el misterio de Dios.

Los sacramentos, signos sensibles de la realidad sobrenatural

Lo extraordinario es que el Señor instituyó los sacramentos para hacerse más presente, más actual, más tangible, más eficaz en su acción. Y dentro de los sacramentos eligió uno en el cual muestra lo más profundo de su misterio como Dios encarnado, como el Esposo que desciende al seno de la humanidad y que quiere unirse con ella en un desposorio, y que parte realizando ese desposorio en una persona. El desciende al seno de María y la hace suya, la hace su Esposa y su Madre. Se une íntimamente a ella; funda con ella una comunidad de vida, de amor, de trabajo. La hace su Compañera y Colaboradora, Corredentora. Y con ella se ofrenda al Padre Dios como una sola ofrenda. Y de esa ofrenda única, de amor, de sacrificio, nace la Iglesia que es la prolongación de María, la ampliación de María. Esa unidad profunda del Señor con María se proyecta en la Iglesia y por eso la Iglesia es la Madre y Esposa de Cristo. Y la vida de la Iglesia le viene de su unidad con Cristo Jesús.

Esa Iglesia es el germen del reino de Dios aquí en la tierra. Y el acto constitutivo, por así decirlo, de ese reino, el acto fundante de ese reino, de donde brota ese reino de Dios, es la ofrenda en la cruz. Y ése es un misterio. Dios nos quiso redimir por la ofrenda del Gólgota.

¿Cómo se hace esto palpable? ¿Sólo por la predicación de lo que dijo el Señor? Cristo quiso hacer presente este misterio en el sacramento del matrimonio cristiano. Y por eso, cuando san Pablo habla de la realidad del matrimonio, de lo que le cabe al esposo y a la esposa, termina diciendo que todo esto lo está diciendo del gran misterio de la redención de Cristo, del misterio de la Iglesia.

El sacramento del matrimonio, signo eficaz de la bi-unidad Cristo-María

Hay una realidad natural que es elevada a la realidad sobrenatural. ¿Por qué eligió Cristo el matrimonio para ser signo eficaz de este misterio de Cristo y su Iglesia? ¿Qué es lo que pasa en el matrimonio?

En el matrimonio, un hombre y una mujer fundan un consorcio para toda la vida, como dice el Derecho Canónico y el Catecismo de la Iglesia. Hay una íntima comunidad de amor, de vida, de tareas, en la cual dos personas se hacen uno. Este es el misterio natural del matrimonio. "Serán una sola carne". De esta unión, de esta comunidad natural de amor, brotan los hijos, la familia, el hogar. El pan que el Señor toma y consagra en el sacramento del matrimonio es éste: el hombre y la mujer. Y dice que este hombre es él, Cabeza, y la mujer, la Iglesia. Y él conforma esta unidad, este amor que existe entre ambos, este compromiso de toda la vida, que es fecundo. Y en este misterio constituye una familia que es una pequeña Iglesia doméstica que es reino de Dios.

Si miráramos solamente el matrimonio en el orden natural no podría llegar a la profundidad del matrimonio cristiano. Para entender el matrimonio cristiano -al igual que decíamos que para entender al hombre tenemos que remitirnos a Dios porque el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios- tenemos que remitirnos a la realidad de sobrenatural: el

matrimonio fue hecho a imagen y semejanza de esa comunidad redentora que forman Cristo y la Iglesia. El paradigma del sacramento del matrimonio es Cristo y la Iglesia. El matrimonio cristiano es un reflejo de esta comunidad. El sacramento del matrimonio se entiende a partir de este misterio.

La Iglesia es María. Esto ha sido explicado por la Iglesia, después del Concilio Vaticano II especialmente, en todos los tonos. La Iglesia nos habla de María como el prototipo de la Iglesia, la encarnación de la Iglesia. En un momento toda la Iglesia fue María; la Iglesia original es María. Y todo lo que es la Iglesia como institución debe ser imagen y prolongación de María. Para que alguien pase a ser Iglesia tiene que ser como María. La comunidad de Cristo y María es una bi-unidad de redención, dice el P. Kentenich. Esa comunidad salvífica es nuestro modelo como sacramento.

Y así como Cristo y María constituyen una inefable comunidad de amor, de entrega, de sacrificio, y fundan la Iglesia, nosotros, como imágenes de esa bi-unidad, de esa comunión inefable de amor redentor entre Cristo y María, gestamos Iglesia. Así como gestamos hijos, como los educamos, los formamos y conformamos con ellos una familia, más allá de esa realidad y en esa realidad, estamos haciendo Iglesia, estamos construyendo Iglesia, estamos fundando un reino de Dios. Para entendernos a nosotros mismos, tenemos que mirar a este misterio de Cristo y la Iglesia, de Cristo y María, que es el misterio de todos los cristianos. Este misterio se manifiesta no sólo en el sacramento del matrimonio sino en toda la realidad eclesial. Toda realidad eclesial por ser eclesial, de alguna manera es sponsal.

San Pablo nos dice: Yo los desposé a ustedes como una casta virgen con Cristo". Y se refiere a hombres y mujeres. Todos nosotros estamos llamados a ser Cuerpo de Cristo, Esposa de Cristo, a unirnos a él en una unión sponsal, tal como una esposa se une a su esposo. Es lo que ocurrió entre Dios y el pueblo de Israel. Así como Israel es la esposa, la virgen de Israel que se desposa con Yavé, la nueva Iglesia, y todos nosotros que somos Iglesia, es la esposa de Yavé. Por eso, donde hay una realidad eclesial profunda, siempre encontraremos este gran misterio, el misterio del matrimonio.

La Familia de Schoenstatt y su Fundador, una comunidad sponsal y redentora

Quiero hacer un alcance que nos puede iluminar con mayor profundidad. Y es cómo vivió Schoenstatt este misterio sponsal, este misterio de comunidad redentora. También haremos un pequeño alcance al Jardín de María.

La Familia de Schoenstatt vivió esta realidad en el Jardín de María. Es el tiempo del nazismo. Schoenstatt ha vivido algunos decenios, ha llegado a una cierta madurez. Es perseguido por el nacionalsocialismo. El P. Kentenich es tomado preso y en la cárcel de Coblenza es notificado que será llevado al campo de concentración de Dachau. El Padre tiene la posibilidad de no ir a Dachau porque tiene un solo pulmón y el médico está dispuesto a declararlo no apto para ir a ese campo de concentración. Sin embargo, el Padre rechaza esta posibilidad porque siente que Dios le pide entregarse por la Familia. El, como Fundador, estaba convencido que no hay redención sin cruz y quiso aprovechar esa oportunidad que Dios le daba, de abrazar la cruz por su Familia, por esa pequeña Iglesia, por su esposa.

Antes de partir a Dachau, en la Navidad, el Padre recibe una carta de una Hermana que se la hace llegar en forma ilegal. Es una carta que la Hna. dirige al Niño Jesús pidiéndole que

haga el milagro de que el Padre vuelva a su Familia. El P. Kentenich, a nombre del Niño Jesús, responde esta carta diciendo que sí él volverá a los suyos siempre que la Familia de las Hermanas Marianas sea un pequeño Jardín de María. Aquí empieza a desarrollarse una hermosa historia que irá tomando más y más fuerza durante los tres años y medio que el Padre permanece en el campo de concentración.

¿Y qué se manifiesta en esta historia vivida entre el Padre y la Familia? La existencia de un profundo entrelazamiento de destinos entre la Familia y el Padre, por el cual él es dependiente de la Familia, y ésta es dependiente del Padre. La entrega de uno repercute en el otro y esa entrega redundante surge una Familia que es una nueva creación, un nuevo Jardín del Edén, un nuevo paraíso, un jardín de María. Surge una nueva creatura que parte de la entrega mutua, de la ofrenda de ambos.

Toda esta realidad se vive en ese tiempo, en clave virginal: Padre Fundador, Sacerdotes, Hermanas Marianas. Pero, en el fondo, al analizar esta realidad en la perspectiva que analizamos, el Padre se manifestó como Cristo redentor que abrazaba la cruz, pero que no quería abrazarla solo sino que quería tener junto a sí a María, a sus pequeñas María, a las Hermanas Marianas, para juntos ofrecerse al Padre por la fecundidad de toda la Familia de Schoenstatt. Y se produjo ese intercambio de amor, de compromiso; esa unidad en la cual uno se sabía profundamente dependiente del otro. El Padre decía que él no era nadie sin la Familia, y la Familia no era nada sin el Padre. Ese Padre se manifestó como Cristo asumiendo la cruz, pero no solo sino con sus pequeñas María. Y de esta realidad, florece una Familia de Schoenstatt vital.

Leamos un trozo en el cual el P. Kentenich nos explica esta realidad:

Estaba previsto en los designios de Dios que ustedes (las Hermanas) nos perteneciésemos en una profundidad singular. En los planes de Dios nunca debo haber existido sin ustedes, ni ustedes sin mí. .

Aplicemos esto en la perspectiva del matrimonio: Estaba previsto que ustedes dos se encontrarán, el uno destinado al otro, para constituir una unidad, una pertenencia profundamente singular.

Desde la eternidad, Dios nos pensó en una alianza de amor. Si Dios nos pensó así, si no me vio nunca sin ustedes, ni a ustedes sin mí, si él no quiere que cumpla mi misión sin ustedes,

Está siempre presente la misma idea: Cristo no quiere redimirnos solo. Cristo nos quiso redimir con María.

como tampoco vio a María separada de Jesús, si él las pensó desde toda eternidad como mis ayudantes permanentes en el cumplimiento de mi misión, entonces comprenderán cuán agradecido estoy de ustedes que hayan aceptado y asumido este plan de Dios.

Este entrelazamiento de destinos está basado directamente en el pensamiento del Cuerpo Místico de Cristo y de nuestro carácter familiar. Si nosotros hemos sido pensados por Dios como una familia, entonces mi relación básica con

respecto a ustedes y la relación de ustedes respecto a mí, está definida con claridad.

El prototipo de esta realidad es el desposorio de Dios con la humanidad, de Yavé con Israel, de Cristo con la Iglesia. Y ese misterio de Alianza se realiza en cada comunidad cristiana. Y ese misterio se hace presente sacramentalmente, actuante en cada matrimonio cristiano.

Si como schoenstattiano quiero adentrarme en el misterio de la redención, tengo que entrar en la corriente del 20 de enero, del Jardín de María. Porque la Familia de Schoenstatt es esta alianza, es el Padre y su Familia que viven una alianza y que fundan un reino, el Reino de Schoenstatt que el Padre describe hermosamente en el Cántico al Terruño. Por eso el P. Kentenich es la cabeza de la Familia, que es su cuerpo, su yo expandido, como lo dice él mismo. Somos miembros de su cuerpo. Ese es el misterio del Cuerpo Místico de Cristo.

Ustedes, como matrimonios, están llamados en forma privilegiada, por el orden natural, a una grado de vivencia de este misterio, de esta realidad que vivió el Padre con la Familia, en un grado muy superior. ¿Por qué? Porque la profundidad, la intensidad de la comunidad de amor de ustedes es la más grande que se puede dar, porque abarca todo el ser: cuerpo y alma. No hay nada de su ser que no entre en esa comunidad de amor. De tal manera que, por ejemplo, la unión sexual, ese "serán una sola carne", pasa a ser un signo sacramental de esa inefable unión de Cristo y la Iglesia.

El Señor explicó este mismo misterio con parábolas. El dice: Yo soy la Vid, ustedes los sarmientos... Yo soy la Cabeza, ustedes son los miembros... ¿Qué quiere decir con esto? Hay una unión tan profunda entre ambos que el sarmiento no es nada sin la vid; que el cuerpo no es nada sin la cabeza. Sólo unidos funcionan. Y esa profundidad de unión, en ninguna realidad natural es tan fuerte, tan evidente, como lo es en el matrimonio, donde hay una compenetración tan profunda de tal manera que "los dos serán una sola carne". Esta unión es signo de todo el misterio de la alianza de amor, de la alianza salvífica que está presente. Y es mucho más que esto: Ese ser una sola carne es fecunda en hijos, se prolonga en hijos; funda un hogar, un reino. Y es mucho más que esto: funda Iglesia. Y funda Iglesia con las leyes del reino de Dios, con las leyes de esa comunidad salvífica de Cristo y la María, de Cristo y la Iglesia.

Ustedes tienen que entrar de lleno en esta dinámica -y tienen la gracia para ello- para reeditar este misterio redentor de Cristo y su Iglesia. En ustedes se realiza un sacramento, un signo eficaz, no solamente un símbolo (que recuerda). De hecho, Cristo quiso que la gracia de esta comunidad redentora se hiciera presente, actuante, dinámica en el matrimonio. Ustedes están fundando un reino, en sus hijos, en su hogar y en este reino se está reproduciendo ese proceso redentor de Cristo histórico y de María, de Cristo y de la Iglesia.

Esto nos da otra perspectiva del sacramento del matrimonio. Cuando el P. Kentenich piensa cómo demostrar al hombre moderno quién es Cristo, quién es el Padre Dios, qué es la Iglesia, qué es la comunidad de los santos, cree que por la predicación no sacamos nada; al hombre moderno ésta no le entra, no le llega. Y entonces dice que es necesario darle vivencias vitales en personas concretas, de carne y hueso, en realidades concretas, en matrimonios concretos, en el reino que forjan los matrimonios. La gente ya no irá a los

templos ni recurrirá a los curas, pero sí podrá ver que cada hogar, que cada matrimonio irradia una realidad sobrenatural. En la medida en que ustedes vivan el sacramento del matrimonio, podrá llegarles en forma directa, vital, sensible, palpable y real, a esas personas que los rodean, a sus amigos, a todo su entorno, ese misterio redentor de Cristo. En la medida en que cultiven y vivan ese misterio en la vida concreta; en la medida en que posibiliten que la gracia del sacramento del matrimonio se haga fecunda. De otro modo, podrán ver que ustedes son matrimonios comunes y corrientes.

Se requiere un trabajo de santificación, de desarrollo, de crecimiento de este germen que han recibido como matrimonio y que los capacita para vivirlo. La gracia eficaz del sacramento del matrimonio da al esposo la capacidad de ser presencia de Cristo, Cabeza de la Iglesia; y a la esposa la capacidad de ser María, Co-redentora, Medianera de gracias, de ser Iglesia. Y a ambos les da la capacidad de reeditar esa realidad inefable de amor de Cristo y la Iglesia, que se ofrecen y entregan en una sola ofrenda por la redención para que surja el reino de Dios en sus hijos, en sus amigos, en sus compañeros de trabajo, en su medio y entorno. Ustedes tienen la gracia para ello, así como yo, como sacerdote, tengo la gracia de ser pastor, de convertir el pan y el vino. Pero esa gracia puedo o no cultivarla. Todos tenemos una gracia.

Decíamos que el sacerdocio ha sido muy elaborado durante siglos; en cambio, el sacramento del matrimonio recién comienza a ser más elaborado y estudiado. Los laicos, recién en el Concilio Vaticano II, toman conciencia de que también están llamados a la santidad, como una gran novedad. Es el primer concilio ecuménico que da una gran relevancia a la misión de los laicos. Sin embargo, se habló muy poco del matrimonio. El Papa Juan Pablo II es quien ha estado mostrando este gran misterio del matrimonio. Y quizás en Chile somos uno de los países más adelantados en cuanto a la pastoral familiar.

A los schoenstattianos más antiguos les he dicho que ojalá ellos vuelvan a profundizar en la corriente del Jardín de María. Allí encontrarán una lección maravillosa de espiritualidad esponsales. Y lo entenderán mejor aún cuando se adentren en el sacramento del matrimonio.

Qué signo sacramental representa el esposo y la esposa en el sacramento del matrimonio

¿Qué representa la bi-unidad, este entrelazamiento de destinos, esta comunidad redentora, salvífica que conforman el hombre consagrado y la mujer consagrada por el sacramento del matrimonio?

Cuál es la identidad del varón, del esposo, del padre, en el sacramento del matrimonio

Cuando san Pablo habla del esposo, lo que dice es algo muy fuerte. El dice que el esposo es la cabeza de la mujer. La cabeza está siempre considerada en relación al cuerpo. Una cabeza sola no tiene sentido; el cuerpo sin cabeza no tiene sentido; la cabeza y su cuerpo son una unidad. Y san Pablo dice que esta cabeza tiene que amar a su esposa tal como Cristo amó a la Iglesia. ¿Cómo lo hizo Cristo? Se entregó a sí mismo por ella; se crucificó por ella. ¿Para qué? Para santificarla, para purificarla mediante el agua del bautismo y en virtud de la predicación; para que esa Iglesia fuera resplandeciente, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada.

La tarea que se da al esposo es inmensa. La medida de la entrega del esposo a la esposa es la de Cristo crucificado. Habría que decir que el esposo es autoridad, es cabeza del hogar. Por eso es una cabeza coronada de espinas. Es la autoridad. Cristo dice en la Última Cena: Yo soy el Maestro y Señor. Pero estoy entre ustedes como aquel que sirve. San Pablo dice también que Cristo no reputó como ansiabla mantener su gloria de Dios sino que se abajó, se anonadó a sí mismo, se hizo siervo, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. El misterio de Cristo Cabeza, Cristo Redentor, el Cristo doliente y glorioso es el que tiene que hacerse presente en el esposo. Para ello, el esposo tiene que sufrir una profunda transformación interior. La gracia que recibe en el sacramento del matrimonio tiene que llevarlo a esa entrega, a reeditar esa entrega para su esposa en concreto, para esa mujer en concreto y para esos hijos en concreto. Y él tiene que dar su vida, su dedicación, su trabajo, sus pensamientos, su sangre, todo lo que es y tiene, por esta mujer, por estos hijos. Y esto de tal modo que, después, cuando san Pablo diga cómo tiene que ser la esposa, que debe estar sometida a su esposo, ésta pueda decir que no hay nada más hermoso que en la vida que estar sometida al esposo.

Ese sometimiento la esposa lo sentirá como una dignificación de su ser, como una exaltación. Su esposo es quien da todo por ella; su esposo es el que muere por ella; su esposo la hace reina. Por eso, estar bajo la influencia amante, beneficiosa, redentora, enaltecadora de su esposo, será para ella una dicha. Pero para que la esposa pueda sentir así este sometimiento, tiene que darse una transformación inmensa del esposo.

Ser otro Cristo, desafío evangelizador para el esposo

Algo que el P. Kantenich destaca enormemente. Él pregunta ¿por qué el hombre moderno no se acerca al Padre Dios? ¿Por qué esta huída de Dios del hombre? Porque el hombre actual no quiere autoridad, no quiere tener autoridad. Porque la autoridad ha sido ejercida de tal manera que quien la experimenta la experimenta como una denigración de sí mismo, como una humillación. Porque el hombre que está llamado a ser cabeza del hogar no es Cristo, no es el que sirve, no es el rey coronado de espinas, no es el pastor que da la vida por los suyos, sino que es un déspota, un autoritario, u irresponsable, un ausente. Por eso, su esposa y sus hijos viven la autoridad del padre de tal manera que queda gravado en su subconsciente, en su sensibilidad, una aversión a la autoridad, un rechazo a ponerse bajo la cabeza. ¿Por qué? Porque en el matrimonio el hombre no ha sabido ser Cristo, como ha sabido ser cabeza a semejanza de Cristo. Y porque no lo ha sabido ser en el matrimonio, en el hogar, tampoco lo sabe hacer como presidente de la nación, como gerente en su empresa, como jefe de partido o presidente del equipo de fútbol, realidades todas donde se dan las mismas leyes.

La Iglesia tiene la misión de revelar a Cristo, hacer presente a Cristo en todas las realidades. El hombre tiene que vivir esto en su iglesia doméstica, como esposo, como papá. ¿Cómo conocerá el niño, el joven, el hombre actual, el rostro del Padre Dios? ¿Cómo sabrá quien es Cristo Cabeza?

Cristo es la presencia viva del Padre, el rostro del Padre. Cuando Cristo predicaba y hablaba a sus apóstoles del Padre, Felipe le dice: "Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta". Y el Señor le responde: "Felipe, quien me ve a mí ve al Padre. Yo y el Padre somos uno". El Hijo es el reflejo vivo del Padre. Esto tendría que decirlo cada uno de ustedes a sus hijos: Juanito, Pedrito, el que me ve a mí, ve al Padre Dios; el que me toca a mí, toca a

Cristo Jesús, que es la imagen del Padre Dios. El que recibe mi cariño, está recibiendo el cariño del Padre Dios. ¿Cómo dices, entonces, que no conoces al Padre Dios? Yo y el Padre somos uno, porque yo soy Cristo, porque fui consagrado en el sacramento del matrimonio para ser imagen de ese Cristo cabeza. Esa es la evangelización mayor que tienen ustedes, esposos, varones, como desafío.

Habría aquí un mundo de cosas que decir. El P. Kentenich dice que sin un renacer de la imagen del padre en el sentir, en el actuar, en el amar, no podremos evangelizar el mundo. Tenemos que empezar por casa, y en este caso especialísimamente por el varón. ¿Por qué? Porque es lo más deformado, lo que más se ha desfigurado. Pensemos en toda la tradición machista, autoritaria que hemos heredado, y hoy día, ausentista del papá. El papá está tan ocupado, está tan metido en su máquina, que ya ni siquiera quiere tomar responsabilidades en su hogar. El papá no está presente, no se siente su presencia. Por eso, es imposible que le pueda decir a su niño que el Padre Dios lo quiere, que sabe todo de él, que sigue cada uno de sus pasos, que ninguno de sus cabellos se cae sin que él lo sepa..., en circunstancias que él mismo ni siquiera sabe qué pasa con él y que sólo le interesa cómo le va en el colegio, qué notas ha obtenido y la mesada que tiene que entregarle. Lo único que ha querido es que el niño rindiera y que fuera lo más brillante posible...

Aquí tenemos un trabajo inmensamente importante que realizar. Creo que nosotros no le hemos hincado todavía el diente.

La corriente del Jardín de María nos muestra al P. Kentenich como padre y autoridad. No es modelo solamente para los sacerdotes. El Padre es modelo de autoridad, de ser cabeza, de ser padre, de ser esposo, de ser Cristo cabeza. Ustedes, como matrimonios, tienen que mirarlo desde su perspectiva, e clave matrimonial. Tienen que redescubrir en él su modelo como hombres, como varones, como papás, como autoridad. ¿Cómo fue él cabeza de la Familia de Schoenstatt? ¿Como ejerció su autoridad? ¿Cómo gestó este reino de Schoenstatt? Con las mismas leyes con que Cristo gestó la Iglesia, y son las mismas leyes con que ustedes tienen que gestar su familia, su hogar su iglesia doméstica.

Hay una frase muy hermosa que el P. Kentenich repetía mucho. Es una frase de uno de los Padres de la Iglesia: ¡Conoce, hombre, tu dignidad! ¡Reconoce, hombre, tu dignidad! Creo que esta frase tendríamos que decírsela a los papás. ¡Reconoce a lo cual has sido llamado! ¡Reconoce que eres pastor y sé consecuente!... Para ello tienes la gracia necesaria para serlo. Ninguno de nosotros es Cristo. Nuestra tarea es ir forjándonos para llegar a ser otro Cristo; es ir despojándonos de ese hombre viejo, de ese traje viejo que llevamos muy metido y del cual nos cuesta despojarnos. Lo importante y lo hermoso es que, por la gracia del sacramento, podemos hacerlo aunque tengamos treinta, cuarenta años de matrimonio. Siempre está latente esta posibilidad. Un niño que ha recibido el bautismo puede ser que, a los cincuenta años, redescubra que es hijo de Dios. También puede ser que un papá, a los cincuenta años o más descubra quién es. Y tiene la fuerza, el poder para hacerlo por la gracia eficaz del sacramento del matrimonio.

Me remitiré a un libro que acaba de salir: *Ser padre hoy. Crisis y propuesta*. Se los recomiendo a todos los papás y a las mamás para que ayuden a los papás. Es un libro que recoge escritos del P. Kentenich y otros artículos.

Piensen cómo se explica no sólo la rebelión contra el Padre Dios, sino la rebelión femenina, la emancipación de la mujer. ¿Por qué esto? Porque no ha habido una espiritualidad del matrimonio, porque el papá no se autoeducó como Cristo pastor. ¡Cómo necesitan nuestros hijos al papá que los conoce por su nombre, que va delante de ellos, que lo lleva a verdes praderas, que los defiende del enemigo, que ronda para destruir el rebaño, que da su vida por los suyos!

Siempre que escuchamos la parábola del Buen Pastor pensamos que es sólo para los curas. Sin embargo, es para los padres en primer lugar, porque los verdaderos pastores son ustedes, padres, los que pueden ejercer esa labor en toda su plenitud; son ustedes los que pueden ser realmente ese pastor puesto por Dios para este rebaño, para esta familia, para este hogar, para esta mujer también. Cuando la mujer no tiene una cabeza, cuando no tiene una autoridad como Dios lo manda, no puede ejercer su labor; se siente desprotegida, no tiene un reposo, no tiene dónde apoyar su cabeza. Y así no puede ser madre ni esposa. Con nuestro ser estamos comprometiendo no solamente a nuestros hijos sino también a nuestra propia esposa. El esposo no puede ser papá y cabeza sin la esposa.